

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8241

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 56

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 26 de Abril de 1889

MORALEJA

Por que á su suegra Doña Monserrate se le pegaba siempre el chocolate, el cuidado Ginés, iba al infierno. Su miserable condición de yerno. Compadecido de su mal le dije: En vano Vd. se affige. Compre Vd. chocolate de Valencia y verá como cesa su quebranto. En efecto: á otro día, Fué á buscarme Ginés deshecho en llanto y así con efusión me repeta: Usted es mi providencia, soy dichoso; A Doña Monserrate que antes no le gustaba el chocolate Le ha parecido hoy el de Valencia Cosa exquisita Que ella misma se ha hecho una tacita Cuidando con esmero y diligencia Que no salga pegado Por eso digo, Vd. es mi providencia. Usted job D. Benigno! me ha salvado.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Caridad 3 Cartagena.

Véase en la 4.ª plana el anuncio Gran Exito

BISMUTO MEDICINAL
VIVAS PEREZ

● PARA inmediatamente toda Diarreas, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)
● en caso de Fiebre y
● en caso de
● de los niños
● de las niñas
● Cálera, Tifus, Catarras y úlceras en estómago

● DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LAS ECONOMÍAS EN MARINA

Desde que el Sr. Ministro de Hacienda trató de inspeccionar el presupuesto de Marina, para introducir en él las economías que buscaba para obtener la cifra de 25 millones entre todos los departamentos ministeriales empezó á circular por telegramas primero, y más tarde por la prensa en la corte, la noticia de que el Ministro de Marina por complacer al de Hacienda, proponía como medida económica la supresión de dos batallones de Infantería de Marina, uno de los que guarnece esta capital y otro en el Ferrol, mas 100 soldados en cada uno de los cuatro batallones restantes.

En los primeros momentos de conocer lo propuesto por el Sr. Rodríguez de Arias, nos pareció hacedero llevar á cabo tal supresión, por tratarse de un cuerpo que está siendo de poco tiempo á esta parte objeto de cierta oposición por determinadas personalidades de la Marina, y más de aquellos que en época no muy lejana, proclamaron en un banquete su completa extinción por causas ó motivos que desconocemos. Mas después de esta reflexión hemos deducido lo leonario, transcendental y grave de semejante medida y en verdad que no nos atrevemos á dar crédito á tal noticia teniendo en cuenta las siguientes consideraciones:

Alienta nuestra incredulidad, el no comprender como el cuerpo de que vamos tratando sea el único que se sacrifica, cuando ya hace mucho tiempo que lo viene siendo, con el fin de aliviar el presupuesto de sus cargas.

También se nos resiste creer que sea

este el pago á sus eminentes servicios prestados al país, á su lealtad acrisolada, á su honradez y disciplina, y se trate con la mal llamada economía, de matar el cariño, entusiasmo, porvenir y aspiraciones de los que la componen por el solo hecho de ser «Infantería de Marina» cuyos Jefes y Oficiales y clases ingresaron en este cuerpo para servir á la nación, al amparo de leyes y Reglamentos que se está en el caso de sostener y respetar á menos que los nuevos reformistas ó economistas mejor dicho, traten de negarles el derecho que tienen á obtener ascensos que otros con los mismos y apoyados de idénticos preceptos los obtienen. Porque el referido cuerpo no es la Marina, sino que ésta la constituyen varios cuerpos y es natural que todos contribuyan en la proporción de su desarrollo á aliviar al Tesoro en su angustiosa situación, y además que dentro de la Marina hay corporaciones ó cuerpos más numerosos que consumen las tres cuartas partes de su presupuesto en personal y justo es también que á éstos se les reforme algo en sus servicios en beneficio de la nación, puesto que desde hace muchos años, no se les hace más que aumentar sus emolumentos.

Y por último creemos que el Sr. Rodríguez Arias está en el Ministerio de Marina para administrar y hacer justicia á todos y no para alimentar pasiones y despertar recuerdos harto lamentables y reproducir etapas en las que se daba el triste espectáculo en la prensa, de un pugilato de cuerpos que por llevar un uniforme ó distintivo común, debían vivir en la mejor armonía y consagrarse á estrechar más y más los vínculos de compañarismo.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

ABOGADO.

Charada

Mi primera es una letra,
Mi segunda musical,
Y con primera y tercera
Te puedes apedillar.
La todo lector querido
Tres días seguidos verás
Y aun me atrevo á asegurarte
Que también te la pondrás.

La solución en el número próximo.

LOS TRES CAMINOS

I

Tres niñas—¿niñas?—¡hem, hem! Rosa, tenía quince años; Rosita, diez y seis, y Rosina, ¡qué vieja! iba á cumplir diez y siete;—se encontraron en el país de los sueños, en una encrucijada de la que arrancaban justamente tres caminos. Tres viajeras y tres caminos: la casualidad es previsora á veces.

—¡Galla, Rosal!
—¡Galla, Rosital!
—¡Galla, Rosinal!

Ocurrió que, precisamente aquel día, cada una de ellas había tenido la locura—locura... ¿quién lo sabe? Todos son sabios, hasta los locos: todos son locos, hasta los sabios;—de abandonar el hogar paterno en busca de aventuras.

Rosa era hija de un gran señor; de rodillas beso á Vuestra Alteza la extremidad de su guante diminuto.

Rosita era hija de un comerciante rico; estoy á los piés de usted, señorita.

Rosina era hija del tabernero de un lugar; quitate el zapato, monina, para que besa suavemente tu pié desnudo.

II

Habían huido sin novios; no siempre se tiene en una marcha precipitada tiempo para llevar todo el equipaje necesario. Así es, que no teniendo quien las guiara, estaban muy dudosas para elegir uno de los tres caminos. ¿A dónde querían ir? A la felicidad.

—¡Ay! á ella se dirige, desde el primer día, la eterna caravana de las humanas ilusiones. Las tres viajeras estaban perplejas.

—¿Por qué—dijo Rosa—no leer lo que dicen los letreros de estos postes?

—Léamos—contestó Rosita.

Rosina dijo:

—Yo no sé leer.

En el poste del camino más ancho, esto era lo escrito: «Tomad este camino, damas de dorados cabellos, dignos de una corona, que queráis conocer el orgullo triunfal de ser princesas y reinas.»

Rosa dijo:

—Mi elección está hecha. Adiós niñas.

Así decía el letrero puesto en el poste de otro camino:

«Venid por aquí, muchachas á quienes agita el deseo de amorosas delicias, venid, corred, las inocentes y las hermosas que queráis saber por la experiencia del beso, la alegría que sienten las flores al ligero contacto del ala de una mariposa.»

Rosita dijo:

—Mi elección está hecha. Adiós señoritas.

Pero Rosina exclamó:

—¡Esperad! Puesto que no sé leer, explicadme lo que está escrito en el poste del camino más estrecho.

Esto era lo escrito en aquel poste:

«Creéme niña que pasas! Ven por aquí! Ven por aquí! No puedo decirte á donde conduce mi camino; no lleva á la gloria, ni al amor, y sin embargo, soy el poste del mejor camino.»

—Por aquí me voy,—dijo Rosina.—Buena suerte, amigas.

Pero antes de separarse, convinieron en volver al año siguiente, el mismo día, á la misma hora, á reunirse en aquella encrucijada, para contarse sus aventuras; y entonces verían cual había sido la mejor elección.

III

Apenas había pisado el glorioso camino, vio Rosa venir hacia ella brillante multitud de embajadores y cortesanos. Que fuesen hermosos, sería imprudencia afirmarlo; pero llevaban trajes magníficos de colores vistosos, bordados de oro, detrás de ellos, en doradas canastillas resplandecían montones tales de pedrería, que se hubieran podido confundir aquellas canastillas con las redes en que los marineros de Océano celeste, con derecho de pesca en la vía láctea, hubieran cogido millones de estrellas centelleantes. Y los embajadores con los cortesanos venían á pedir para un muy ilustre Monarca la mano de Rosa la viajera.

La concedió, aquella mano que siempre tuviera el deseo de un castro, y sin turbación, acostumbrada por el sueño á la realidad, entró la noche misma, al son triunfal de aclamaciones y música en el Palacio del más grande Rey del mundo, tenía ese Rey

más súbditos que espigas pueden cortar los segadores cuando es buena la cosecha, ejércitos que hacían temblar á mil ejércitos; todas las tesoros, todas las glorias y una larga barba blanca.

IV

En el otro camino, Rosita no halló á tan nobles señores, acudiendo presurosos á su encuentro; pero hija de comerciante, vió al hijo de un comerciante, que era un poeta privado por completo de talento; si en efecto le hubiera tenido, estaría en su cuarto ocupado en componer sonetos y epopeyas, en vez de esperar en el camino á las muchachas que pudieran venir.

Salvo esto, era encantador, puesto que tenía veinte años y estaba enamorado:—«¡Ah! cuanto te amo, y qué dulce es el beso de unos labios jóvenes, no tan abiertos como un capullo de rosa. Sigüeme hasta la misteriosa profundidad del bosque cercano, junto á los arroyos que sollozan como corazones rebosando amor. ¡Sigüeme, sigüeme! Conozco un lugar desierto, donde el deseo se hace eterno. Pero si temes el fiero horror de los bosques, te llevaré á mi casa, sobre el cerro, y allí solos, lejos de hombres y mujeres, arrebatados sin cesar por nuestras miradas confundidas, por nuestras bocas unidas, conoceremos el éxtasis inefable de ser amantes.» Y Rosita, al oírlo, contestó:—«¡Ah, sí, vamos! Al bosque, si así lo deseas; á la casa, si así lo prefieres.»

V

Rosina anduvo largo rato por el camino más estrecho, lleno de espigas y abrojos. Nadie salía á su encuentro, ni embajadores ni plorando, en nombre de un señor ilustrado, enamorado que supieran por donde ir á los bosques silenciosos y á las discretas casas nupciales.

La noche había cerrado antes de que hallara un ser viviente.

La tierra entonces palideció bajo la triste luz de la luna.

Entonces,—estaba cansada, tenía hambre, tenía sed, sus piés se habían herido contra las piedras,—entonces, detrás de un sauce, surgió la larga figura blanca que la cogió entre sus brazos secos, y una boca lívida, sin movimiento le habló en voz semejante á un eco lejano:

«¡Ven! ¡Ven, yo soy la que no engaña! ¡Soy la única amante, el único amante! y te llevaré á un lecho frío, deliciosamente, sin pesadilla; y sin despertar.» Rosina dijo: «¡Qué miedo tengo!» Pero no se resistió á la presión de los dos brazos flacos, envueltos en largas mangas blancas.

VI

Pasado un año, conforme á lo convenido, en el día y hora marcada, Rosa y Rosita se dejaron de encontrarse en la encrucijada de donde partían los tres caminos.

Cuanto á Rosina, mucho se retrasaba, pero sin duda vendría.

—¡Ay! ¡ay!—dijo Rosa.—no son los trajes lujosos y las fiestas lo que dan alegría al corazón, pronto viene el cansancio cuando se proternan ante una multitud de súbditos sumisos, y de obedientes ejércitos. Rosita se encuentra aburrimentada igual al capono augusto que, con su mano real, se acaricia su barba blanca.

Después, rompió á llorar, pensando que no había escogido el buen camino para encontrar la felicidad.

—¡Al ¡ay!—dijo Rosina.—Los amantes dejan de ser fieles cualquier día.

Se ven pálidos en el espejo, al día siguiente de la primera infidelidad; los labios estaban rojos después del primer beso.